

PERSONA Y SOCIEDAD II.

La persona y su huida de la trascendencia. Origen de conflictos psíquicos.

Autor: Javier Mandingorra Giménez. Máster de Orientación familiar por la Universidad de Navarra, y de Sexualidad por el Instituto Pontificio Juan Pablo II de estudios para el matrimonio y la familia (Valencia). España.

Fundación Psicología y Cristianismo. c/ Museo, núm. 26 – 1º 1ª. 08912. Badalona (Barcelona). España. e-mail : info@psicologos.tk – url : www.psicologos.tk

Índice: Resumen. Introducción. Tesis. Conclusiones. Corolario. Palabras Clave. Bibliografía. Agradecimientos.

Resumen.

El 26,8 % de la población en el mundo occidental padece algún trastorno del talante, de ansiedad o psicótico.

Consideramos que las causas son variadas, pero dos que la experiencia clínica nos ha demostrado fundamentales son: el no considerar todos los aspectos de la persona, lo que significa su dignidad y la transmisión de valores en la familia.

Consideramos que la familia es el medio idóneo para la transmisión de los valores a las generaciones, valores que no importan demasiado cuales sean, son fruto de la diversidad, pero que los adolescentes necesitan recibir para más adelante analizar y aceptar o cambiar.

Nos adentraremos en los conceptos de dignidad y persona, estudiando las aportaciones de Robert Spaemann y otros autores, llegando al concepto de lo absoluto y analizando este en tres manifestaciones: ante la materia, independencia axiológica respecto a sus congéneres y abocado a la Trascendencia por ser imago Dei, y como meta en si mismo.

Hemos comprobado mejorías más audaces en los tratamientos, cuando junto con la medicación correspondiente que se haya prescrito al paciente con trastornos de ansiedad o del talante, se le da terapia sobre el valor de ser persona, se le descubre su trascendencia y hecho a la trascendencia. Que somos una identidad espiritual y corpórea. Debemos enseñar al hombre a "ser por", a "ser con" y a "ser para".

Tomar la vida como un proyecto, el más apasionante que tenemos entre manos si sabemos transmitir con la familia esa esperanza.

Introducción.

Estamos seguros de que no hay, de las personas que se atrevan y tengan la paciencia, de leer este trabajo, una sola que no haya visitado en su vida, alguna vez a un psicólogo o psiquiatra. Si Ud. valiente lector piensa dar un paso al frente, antes de darlo encomiendo que analice si no será Ud. el psicólogo o el psiquiatra. Ruego me perdonen esta pequeña licencia.

Hace muy pocos años, las visitas a alguno de estos especialistas se efectuaban en oculto, por temor a ser calificados de desequilibrados.

Hoy en día, con un mundo cada vez más neurotizado, estas especialidades se consideran como de uso casi diario, de frecuencia casi semanal o quincenal. Ya no son anormales, están de moda.

Viendo una estadística reciente de USA, que es un buen reflejo del mundo occidental, leemos que en una población comprendida entre los 18 a 54 años padecen:

- Transtornos del talante: 8,6 %
- Transtornos de ansiedad: 16,8 %
- Transtornos psicóticos: 1,4 %

Esto es un 26,8 % de la población padece algún tipo de trastorno. Alcanzando el honroso segundo puesto detrás de las enfermedades cardiovasculares en cuanto a gastos sociales y económicos.

Las causas son ciertamente muy variadas, en este trabajo nos ceñiremos a una que en nuestra experiencia clínica nos ha demostrado ser muy importante: la comprensión reduccionista de lo que es ser persona.

Una vez analizado este punto y su significado, la dignidad de ser persona, atenderemos a lo que consideramos como el medio más idóneo para la transmisión de este concepto, la institución familiar.

Los psicólogos positivistas nos enseñan que el alma de un niño es como una "tabula rasa", que en ella aparece lo que otros escriben, por eso tal vez, el conductismo, basa todo en el adiestramiento, en el ambiente familiar, pero en este afán de investigar la conducta su predicción y control, los conductivistas pierden por el camino a la persona.

Tal vez por eso toda psicología que quiera solo atenerse a lo perceptible por los sentidos, a la fría observación por si sola, no ve nada esencial. Este no ver lo esencial, es causa, o al menos en gran parte, de la tristeza. Tristeza que es el resultado de un fraude existencial y que la conciencia no tolera.

Tesis.

Pero adentrémonos en los conceptos de dignidad de la persona. Si atendemos al diccionario tenemos que:

Digno: Del lat. dignus.

1. adj. Que merece algo, en sentido favorable o adverso. Cuando se usa de una manera absoluta, indica siempre buen concepto y se usa en contraposición a indigno.
2. [adj.]Correspondiente, proporcionado al mérito y condición de una persona o cosa.
3. [adj.]Que tiene dignidad o se comporta con ella.

Dignidad: Del lat. dignitas, -atis.

1. f. Calidad de digno.
2. [f.]Excelencia, realce.
3. [f.]Gravedad y decoro de las personas en la manera de comportarse.
4. [f.]Cargo o empleo honorífico y de autoridad.
5. [f.]En las catedrales y colegiatas, cualquiera de las prebendas que corresponden a un oficio honorífico y preeminente, etc.
6. [f.]Persona que posee una de estas prebendas. Ú. t. c. m.
7. [f.]... la del arzobispo u obispo. Las rentas de la DIGNIDAD.
8. [f.]En las órdenes militares de caballería, los cargos de maestre, comendador mayor, clavero, etc.

Dietrich von Hildebrand sobre la dignidad nos da visiones muy profundas y acertadas. Nos dice que el amor y respeto es lo que nos hace ser libres y, por tanto, tener dignidad.

La dignidad es aquello que constituye la condición para que algo sea fin en si mismo, eso no tiene precio, sino que es un valor interno.

La autonomía es el fundamento de la dignidad de la persona humana, que en palabras de Boecio, es la sustancia individual de toda naturaleza racional.

Basándonos en esa autonomía nos atrevemos a apostillar que la templanza, el desprendimiento de los bienes materiales -que contraste con esta sociedad de consumo y materialista- suscita indefectiblemente la sensación de dignidad, ya que implica que quien obra así, con esa moderación, se muestra suficientemente radicado en su valía interior hasta tal punto de que considera que lo que le rodea es superfluo y puede renunciar a ello, de esta misma forma vivirá con entereza, asombrará por su dignidad.

Los fenomenólogos Edmund Husserl, Max Scheler y Dietrich von Hildebrand, evocan todos la dignidad de la persona, y el filósofo y teólogo Robert Spaemann la noción de lo absoluto en el ser humano. ¿Que entendemos por absoluto?. Alguien es digno cuando de un modo u otro, respeta, ama, y es libre, se muestra persona, independiente, ilimitada sin restricciones, y como dice Santo Tomas de Aquino: "dignitas est de absolutis dictis" (Contra Gentes - C.G., III, 112), para conocer la dignidad del hombre tendremos que responder de que modo y manera puede considerarse absoluta en su dignidad una persona humana, este absoluto lo veremos bajo tres aspectos:

1. El hombre es un absoluto en cuanto se encuentra desligado de las condiciones empobrecedoras de la materia. Cuando su acto de ser descansa en su alma espiritual. Así y solo así su dignidad ontológica resulta infinitamente superior a la de todos los demás seres vivos. Su grado de ser es infinito con respecto de los demás seres. El individuo no personal, que no reflexiona de su ser absoluto, es tan solo un momento, es parte de un todo, pero no deja de ser un evento pasajero. La persona es en si, no la parte de un todo, es un sujeto dotado de eternidad.

2. El hombre es un ser absoluto por su acabada independencia axiológica frente a todos los de su especie. El valor del hombre no viene determinado por una relación subordinada respecto a sus congéneres. El hombre es imago Dei, por esta imagen es alguien delante de Dios y para siempre.

3. El hombre es un absoluto y por ello se revela como un fin terminal, como meta en si mismo. Por su trascendencia respecto al conjunto de las cosas materiales y por destacarse de los demás de su especie, el hombre se recoge en si mismo y aparece como valor autónomo que impide su instrumentalización, el ser empleado como medio para lograr otras cosas.

De todo ello, consideremos que nada hay más importante a la hora de juzgar una conducta que considerar si su objeto es un ser humano o no. Para un humano nada hay más importante que el ser humano.

Lo visto hasta el momento no es banal, sino de gran aplicación práctica. El diagnóstico de las enfermedades mentales es la piedra angular de la práctica clínica. Se necesita determinar la enfermedad que padece el paciente de una forma clara a fin de dar un tratamiento eficaz.

En la determinación de la enfermedad, a falta de pruebas objetivas claras por el momento (el avance en la genética hace pensar en poder contar con ayudas eficaces a medio plazo), el relato del propio paciente y la observación conductual son los puntos clave para establecer pues un diagnóstico.

Los más recientes estudios con gemelos monocigóticos, que comparten el 100% del ADN y dicigóticos nos señalan que los genes no explican suficientemente la aparición de la esquizofrenia, por ejemplo. Que hay que tener en cuenta el propio desarrollo cerebral y factores ambientales. En las afecciones psiquiátricas pues se entremezclan la genética y la experiencia vivida. Aunque por su vulnerabilidad biológica a unos individuos les afecte más

que a otros una experiencia determinada.

Las ansiedades, depresiones, paranoias, el estrés, ... cuando no se vislumbra una salida, la frustración se hace mayor, se pierde la esperanza del cambio, el enfermo se percata de haber perdido la iniciativa y que junto con la pérdida e incomprensión de la sociedad y/o de la familia se exagera su angustia.

En especial los trastornos del talante y ansiedad experimentan grandes mejorías si junto con la medicación correspondiente: benzodiazepinas, betabloqueantes..... se le proporciona al paciente una terapia que le haga descubrir su valor como persona y que está hecho por lo tanto a la Trascendencia.

Sigamos pues profundizando en ese concepto de persona que hemos ya predefinido.

Cito un párrafo de Tomás Melendo y Lourdes Millán-Puelles en su ensayo sobre la dignidad : "En el caso de las personas, cabría hacer la siguiente ilación configuradora: a) Dios las quiere en sí y por sí, por cada una de ellas; b) como consecuencia de ese decreto primigenio, y en estricta coherencia con él, les confiere el ser en sí y por sí; c) de resultas, las demás personas creadas deben también quererlas en sí mismas y por sí mismas, adecuándose a las exigencias del ser que las constituye. (...) la superioridad ontológica de la persona, su ser en sí y por sí, se configura como el cimiento radical, metafísico, de la ilicitud de todo comportamiento que tienda a tratarla como un objeto, manipulándola o instrumentalizándola".

Con esta fina agudeza se abren unas nuevas perspectivas que puntualizan bien el concepto de persona y el por qué de su dignidad, la persona es un ser que por tener, no solo instintos, sino también entendimiento y libertad es capaz de sentir necesidades morales, tanto con relación a su cuerpo como a su espíritu y que por ello, tiene también derecho a satisfacer esa doble clase de necesidad.

De esta apertura al ser sin restricciones estriba la vertiente espiritual de la subjetividad humana. El espíritu es el ente que vive de algún modo la infinitud del ser. Somos una identidad a la vez espiritual y corpórea, somos medio cuerpo y medio logos. Somos un espíritu encarnado, no debemos olvidarlo.

En esta apertura al orden trascendental es justamente el horizonte mental que nos permite remitirnos al Ser Trascendente. Solo de esta manera, con esta apertura a los otros -vida social y al Otro Trascendente-, puede el hombre superar la angustia esencial de su ser y dirigirse a la absoluta infinitud del ser sin restricciones al que constitutivamente tiende.

No es que sea el Ser irrestricto, pero gracias a su vertiente espiritual, vive la infinitud del ser. Esa elevación tendente al bien común, le permite superar la radical estrechez del egoísmo por el que se encerraría a su bien particular que no sería un bien sino una apariencia de bien.

La subjetividad humana es la que define una persona, nos atrevemos pues a proponer, y tal como decía Boecio, que la persona es: ... sustancia individual de naturaleza racional, abierta a la infinitud del ser y sustante de la conciencia y la volición ...

Pero además de sustante, no olvidemos que la persona es ante todo subsistente: sujeto que es en sí. Esta es evidentemente una perfección que no puede faltar al ente de mayor rango ontológico (rationalis naturae). Es la suficiencia por la que un ente está en sí mismo completo, excluyendo por tanto la posibilidad de ser con otro.

Es la subsistencia la cualidad que confiere a la naturaleza la capacidad de ser en sí, lo que la hace cerrada. Es suficiencia repetimos, plenitud por la que un ser está en sí mismo completo. Por todo ello podemos decir que en virtud del libre albedrío, los seres de naturaleza racional son más individualistas. Pero esta insolidaridad que apuntamos no es ciertamente efecto de la individualidad del ser humano ni tampoco de la conciencia que esa tiene de su propia

intimidad. Es pues una clausura que no excluye la posibilidad de recibir, es más bien una dependencia entitativa, no absoluta.

Esta dignidad pues del hombre, como sujeto que subsiste en la apertura a la infinitud del ser es independiente de su conducta. Un hombre podrá ser mejor que otro, según valoremos su conducta, pero tan persona será una como la otra. La dignidad ontológica supone el libre albedrío pero no está determinada, pues, se entiende por su buen o mal uso que se haga de esa libertad. Pero eso no quita que tengamos un deber general de mantenernos a la altura de su dignidad.

Como consecuencia de la supeditación de la dignidad humana a la apertura, a la infinitud del ser, nos lleva a que su mejor expresión está cuando se subordina al logro del bien común.

La persona posee por tanto un grado de independencia y de distinción respecto al cosmos muy superior a la de cualquier otra realidad intramundana. Sólo el hombre, que llega a la vida consciente, aunque viva en la materia es capaz de despegarse a la ley determinante del Universo, gracias a una vida espiritual deliberada, libre y responsable que revela un ser subsistente. Sólo él es persona. Se posee cognoscitivamente, es libre y por consiguiente responde de sus actos que están sometidos a una ley moral y vinculante pero sin imponerle una necesidad física sino tan solo moral.

En estos momentos de la exposición podemos dar una idea sobre el filósofo Xavier Zubiri: "... por ser persona, todo ser personal se halla referido a alguien de quien recibió su naturaleza y a alguien que pueda compartirla. La persona está esencial y constitutivamente ... formalmente referida a Dios y a los demás hombres...".

Tenemos pues ya definida esas dependencias del hombre, en la esfera biológica y económica depende de la comunidad. Pero en las esferas superiores esa dependencia ya no es tan absoluta. El ser espiritual del hombre deriva de Dios, no se constituye en virtud de la comunidad. Pero a su vez tenemos que no es posible su desarrollo perfectivo sin la comunidad, por eso podremos decir que el hombre es persona en función de la comunidad, y conquista su personalidad en y por la comunidad.

Las facultades espirituales, pues, yacen como posibilidades, están en potencia, se actualizan por la comunicación. La inteligencia y la imaginación, los sentimientos y la voluntad, son liberados, aparecen al contacto con la comunidad humana.

Al igual ocurre con los valores sobrenaturales. Dios, en efecto, llama al hombre a la salvación no aisladamente, sino constituyendo un pueblo. El hombre no se entendería, nada en él tendría sentido si lo consideramos como un individuo aislado e incommunicado de los demás. Comprender al hombre, entenderlo, implica relacionarlo en todas sus esferas vitales: bioquímica, económica, espiritual y sobrenatural, ... en una comunidad y en una necesaria apertura a los demás.

El teólogo Michael Schmaus que define el hombre como persona y como ser colectivo nos da siete dimensiones del hombre como persona:

1. Homo religatus, por su constituyente originario de creatura.
2. Homo dialogicus, por su sociabilidad a los otros.
3. Homo sapiens, por su apertura a la trascendencia.
4. Homo viator, por su libre autorrealización ética heterónoma.
5. Homo faber et economicus por sus relaciones de dominio con la técnica y ciencia.
6. Homo historicus, por su libre autorrealización en sociedad.
7. Homo ludicus, por su necesidad de espacios festivos de distensión y contemplación de la belleza.

Dimensiones que no conviene olvidar en las sesiones clínicas de terapia con los pacientes.

Estamos pues ya en condiciones de concluir cómo conquista el ser humano su personalidad: abriéndole a ese mundo de la trascendencia que en tantas ocasiones ignora, facilitando así mejorías más rápidas y el consiguiente aumento de la autoestima personal del paciente.

Conclusiones.

La persona conquista su personalidad con la calidad de sus relaciones. Esto se logrará dejando en segundo lugar el logro de la propia perfección para buscar en primer término, nuestro " ser con " nuestros semejantes saliendo del egocentrismo.

Debemos pues, enseñarle al hombre:

1." Ser por ". Necesita comprender que somos fruto de generaciones precedentes, de filiación. Que aunque nos vengan dadas, impuestas, debemos saber aceptarlas libremente para llegar a la autorrealización. Si estas relaciones son rechazadas termina uno no aceptándose a sí mismo y al Creador.

2." Ser con ". Se refiere a sus relaciones conyugales y convivenciales, relaciones que la naturaleza sugiere indisolubles, fieles, abiertas a la vida con el fin de asegurar la supervivencia del hombre y la sociedad en la historia.

3." Ser para " Nos referimos aquí a las relaciones de producción y de procreación. El hombre es capaz de construir libremente el mundo y su historia, de dirigir, de orientar su destino. De elegir ser "con y para " Dios, o ser "sin y contra" Él.

Esta triple conjugación de ser "con, por y para" nos lleva al mundo de la afectividad, de los sentimientos.

Los sentimientos son capaces de modificar nuestra percepción de la realidad, resultando en cierto modo incontrollables llegando a constituirse en verdaderas tragedias. No hay experiencia humana, podemos pues decir, que no sea también una experiencia afectiva.

El hombre es un ser en el mundo, es como decíamos, un ser encarnado en el mundo, siendo la afectividad esa unión del universo exterior y el interior, estamos afectados por el mundo y esto mismo condiciona nuestra relación con él.

Cuando la vida afectiva lleva a la apertura del ser humano, llevándole a una emotividad ni excesiva ni deficitaria, decimos que constituye una ayuda para conseguir una existencia lograda. Sobre la realización de una vida afectiva plena, ante Dios no puede haber tampoco ningún "neurótico" o enajenado. Esto sólo ocurriría si espiritualmente no vive ante Dios sino solo ante el hombre en el que no puede encontrar el tú de su yo sino solamente el yo.

El hombre pues podrá fracasar en el mundo, ser un inútil social, podrá pasarle de todo, pero si tiene verdaderamente fe en Dios, no se volverá loco. La madurez personal logrará que la afectividad no pierda ese carácter unificador.

Hay pasiones que se inician en el cuerpo y terminan en el alma, como el dolor somático, y otras en el alma y terminan en el cuerpo, como la tristeza.

Toda imagen del hombre que no sea capaz de considerar sus tres dimensiones física, psíquica y espiritual, como contempla la fenomenología, incurrirá en un reduccionismo. No se puede ayudar a una persona que acuda a nosotros a partir de una concepción antropológica que considere al hombre menos de lo que es, hay que contemplar también su dimensión teológica.

El hombre verdaderamente afectivo, lo que desea, es tener un motivo para ser feliz, no que

se sienta feliz.

El hombre vive inmerso en el tiempo, es un ser en el tiempo. El tiempo es el corazón de la existencia y la fase más importante del tiempo para el hombre no es ni el presente ni el pasado, sino el futuro. El hombre solo se comprenderá a sí mismo proyectándose sobre el porvenir y dotándolo de esperanza hacia la eternidad.

Los medios.

La persona humana es abierta al mundo y en especial al de las personas, es enriquecedora, cada hombre es alguien que puede mirar a otro alguien y vivirse emulado por él. Esto constituye la base antropológica del modelo de imitación.

La presencia de valores que están realizados en la vida de una persona nos exige, nos estimula a encarnarlos también nosotros. Esto es lo propio del aprendizaje humano, la conducta valiosa de una persona puede ser paradigma de la conducta de otros. El hombre está necesitado de testigos de lo trascendente, basta ya de líderes.

El hombre es el único ser vivo que necesita aprender a comportarse como lo que es. No es solo genética sino cultura: tradición. Necesita recibir de los demás, de los padres, lo necesario para comenzar a conducirse en la vida, es un ser social.

Esa debilidad biológica, esa inadaptación fisiológica, su precariedad instintiva hace al hombre biológicamente inexplicable teniendo en cuenta solo las leyes generales de la evolución. Tenemos que acudir al factor cultural para explicar su supervivencia y superioridad sobre el resto del reino creado.

Los animales se adaptan al medio físico, el hombre adapta el medio físico a su propia vida, a esto le llamamos habilitación cultural.

Educación es habilitar la libertad porque está en el hombre no es absoluta, necesita un subsuelo, sin educación no es posible la libertad. A ser libre se aprende.

Por ello, no es constructivo que la conducta del educador no responda a las expectativas que de él se esperan. Por eso sobre un educador tenemos que fijarnos en: el ser del educador, lo que hace y lo que dice. Los educadores: padres y profesores, su tarea no consiste solo en enseñar, en aportar conocimientos; su tarea es mucho más importante y engrandecedora: Educar.

Hoy en día no está bien visto hablar del modelado en pedagogía, pero sin embargo se practica en todos los ámbitos de la vida social y cultural.

Si queremos preparar personas para la vida hay que educar en los valores y estos encarnados en ciertas personas, que los seres humanos se puedan sentir honrados testigos, como decíamos antes.

Corolario.

Por todo ello concluimos que la vida es el arte del encuentro, es relación. Las neurosis están ahí, por mucho que esté de moda o no este concepto, son una forma de rebelión contra la realidad.

En una sociedad en desintegración abundan las opiniones contradictorias debido a la confusión mental imperante, a la ausencia de la verdad porque todo es verdad. En esta sociedad las neurosis aumentan ya que sus fuentes, el estrés y las frustraciones ambientales, aumentan con las quiebras sociales y culturales.

Es por ello que solo en la familia, que nos vemos obligados a calificar de natural, educando en unos valores encarnados, es donde se protege al hombre contra las neurosis, porque le enseña a ser persona.

Valores que son necesarios, en especial a los adolescentes, porque la vida hay que empeñarla en algo sino se malgasta. El descubrimiento de ese alguien o algo por lo que vale la pena gastar la vida en su servicio es lo que llamamos valores. Estos valores como las personas son diversos. Pero valores que hay que vivir y transmitir, para que el adolescente, de esos valores recibidos, de su examen de ser "de, con y para", los asuma o cambie, es necesaria esa motivación, si nada descubre nada le motivará. Es en la familia donde nuestros jóvenes por el temperamento heredado biológicamente se socializan, se forman, forjando el carácter y su personalidad, decidiendo que hacer con su vida. El temperamento se hereda, el carácter se forja y la personalidad se adquiere, siendo la familia el lugar idóneo, por ser el lugar donde, se ama a la persona por lo que se es y no por lo que se tiene, para su consecución.

La raíz de la motivación consiste en que la vida nos parezca interesante, que tengamos esperanza de realizar en nosotros ciertos valores por arduos que nos parezca darles alcance.

Hay que tomar la vida como un proyecto. El proyecto de ser persona, lo cual es una aventura apasionante. Es afrontar con decisión el reto maravilloso de vivir para VIVIR.

Palabras Clave.

Dignidad: aquello que constituye la condición para que algo sea fin en si mismo, es un valor interno.

Persona: sustancia individual de naturaleza racional, abierta a la infinitud del ser y sustante de la conciencia y la volición.

Valores: alguien o algo por lo que vale la pena gastar la vida en su servicio.

Bibliografía.

Sobre la figura de Boecio, su obra más conocida La consolación de la Filosofía publicada por Alianza Editorial, Madrid, 1999.

Para una comprensión más detallada sobre Edmund Husserl, Max Scheler y la corriente fenomenológica, el libro de Dietrich von Hildebrand: Ética; de la Editorial Encuentro, Madrid 1983.

La cita de Tomás Melendo y Lourdes Millán-Puelles se ha recogido de su ensayo: Dignidad de Ediciones Universidad de Navarra S.A. (EUNSA), Pamplona, 1996.

Sobre el teólogo Michael Schmaus, la recopilación sobre: Teología Dogmática de Ediciones Rialp, S.A. Madrid, 1960.

De la obra de Robert Spaemann, el ensayo sobre cuestiones fundamentales de Ética, editado por Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA), Pamplona, 1998.

Se ha seleccionado de los textos sobre Santo Tomás de Aquino, la Suma contra los gentiles publicados por B.A.C., Madrid, 1967.

Del filósofo Xavier Zubiri: Panorama bibliográfico de la Editorial Revista Agustiniana, Madrid, 1993.

Agradecimientos.

Este trabajo de investigación está dedicado a la Fundación Psicología y Cristianismo, y a los

miembros de la Comunidad de Psicólogos Cristianos.